

Las culturas, portadoras de la vida posible*

Carlos Fuentes

Mi amigo el novelista norteamericano Donald Barthelme me preguntó una vez: - ¿Por qué escriben ustedes tanto en Latinoamérica? ¿Cómo lo hacen? ¿No hay escasez de papel? - Añadió que, en los Estados Unidos, la mayoría de los escritores sentía que había muy poco que decir.

Yo le contesté que en la América Latina sentíamos, por el contrario, que nos faltaba decirlo todo. Quizás esta es la razón principal de esta urgencia vibrante que distingue a la literatura contemporánea de la América Española y la convierte, junto con la de Europa Central, en uno de los polos de la imaginación literaria en el mundo contemporáneo: estas literaturas manifiestan la continuidad de la cultura en medio de la fragmentación de la historia.

Hay mucho que decir y no hay manera de decirlo sino ésta, la más frágil, la más paradójica: escribir libros en un continente de tantos iletrados y proponer palabras e ideas en sociedades donde, a menudo, es difícil distinguir las exclamaciones de la oratoria de los gritos de la tortura.

Sin embargo, ¿no son esta paradoja y esta fragilidad los signos más seguros de la fuerza y consistencia de una cultura que no nació ayer, sino que se remonta, en primer lugar, a las acciones fundadoras del Nuevo Mundo y su poderosa carga de civilizaciones? Centrados en el campo épico y el sueño utópico, partícipes de una dramática lucha entre el deseo del poder y el poder del deseo, acaso la resolución irónica de nuestros conflictos culturales merezca el título de una de las comedias del primer escritor específicamente hispanoamericano, Juan Ruiz de Alarcón, el jorobado de Taxco que inspiró las comedias de Corneille. "La verdad sospechosa" de Alarcón no es ni más ni menos que la distancia sonriente de Erasmo frente a su amigo Moro y a su enemigo Maquiavelo, todos ellos padres fundadores de la cultura latinoamericana con títulos tan ciertos como los de los conquistadores Cortés, Pizarro o Valdivia.

EL BASURERO DEL DISPENDIO INDUSTRIAL

La cultura de la América Española, tan hambrienta de modernidad, posee una tradición. Sin el conocimiento de esta tradición, corremos el riesgo de convertirnos en el basurero del dispendio industrial. Recibimos series de televisión obsoletas, tecnología obsoleta, armas obsoletas e ideas económicas obsoletas en generosa abundancia, pero a muy altos precios.

La tradición es un conocimiento propio que permite escoger sin miedo lo mejor o lo más útil de otras culturas y enriquecernos con ellas. Sin la cultura de la tradición, careceríamos de la tradición de la cultura: seríamos huérfanos de la imaginación. Una nueva creación se funda en una tradición viviente. Una cultura que no puede acoger la cultura viva de los otros - lo extraño, lo minoritario - es una cultura moribunda. Pero una cultura que sólo recibe el detritus de una cultura muerta sólo puede responder con su propia cultura viva.

La América Latina tiene una circulación cultural viva, pero un esqueleto político muerto. ¿Pueden coexistir por mucho tiempo la sangre viva y el hueso muerto en el mismo cuerpo? Este, creo yo, es un problema cultural; en términos políticos, económicos y sociales, se traduce en la necesidad de proponer un modelo de progreso propio a cada uno de nuestros países, no una imitación sino un modelo crítico propio de nuestra cultura europea, india, negra, mestiza, nacido de nuestras necesidades y experiencias, no una copia servil de otros modelos, ni un sofocante convento autárquico: las culturas aisladas no sobreviven a su esterilidad repetitiva; las culturas avasalladas perecen bajo el peso de un modelo externo de fuerza sofocante; las culturas vivas ganan su independencia escogiendo: conciencia síquica de si y de los demás.

CIVILIZACIÓN UNIDA, BALCANIZACIÓN POLÍTICA

Desde su fundación, la América Latina ha poseído una profunda continuidad cultural. Sin embargo, dolorosamente, su historia política no refleja este hecho. Una cultura ininterrumpida y una sociedad esporádica; una civilización unida y una balcanización política.

Crear nuestro propio modelo con todos los instrumentos críticos que nuestra civilización nos ofrece: este vasto proyecto para la regeneración de un continente post-rado incluye los derechos y las obligaciones de la cultura. No al nivel del compromiso con esta o aquella ideología. Nuestro problema no consiste en discutir dog-

mas y escolasticismos más o menos sutiles sino en atender con compasión activa la voz de nuestra alternativa dolorosa y recurrente, la misma que obsesionó, de acuerdo con su tiempo, a Sarmiento y a Martí, a Gallegos y a Mariátegui: civilización o barbarie. La civilización mínima que afirma el valor de los ojos de un niño, el sexo de una mujer o las manos de un hombre; o la barbarie represiva, torcionaria o corrupta que nos pisotea o degrada a todos.

La América Latina se siente frustrada por el fracaso, no de sus formaciones culturales, sino de sus deformaciones políticas. De Sor Juana Inés de la Cruz a Octavio Paz, de Ercilla a Neruda, del Inca Garcilaso a Gabriel García Márquez, la cultura latinoamericana ha mantenido una vitalidad ininterrumpida. La paradoja de escribir en un continente devastado por la ignorancia quizás no sea tan grande; quizás un escritor sabe que escribe para mantener vivo el prodigioso pasado cultural que rara vez encontró equivalencia política. Omitir ese pasado sería admitir la derrota del porvenir: consagrar la fatalidad de un futuro vacío.

Esto es inaceptable para la América Latina, una de las más ricas áreas policulturales del mundo, un universo de formas y pensamientos y palabras que es depositario de la duración mítica del mundo indígena, la valiente decisión de vivir de los africanos transplantados y, a través de España y Portugal en la fundación del siglo XVI y de Francia en la insurgencia del siglo XIX, del corpus entero de la civilización occidental.

TRADICIÓN Y CAMBIO POLÍTICO

El conocimiento de la tradición nos permite valorizar sin engaños la naturaleza del aparente cambio político, no sólo al nivel cosmético de la ideología, sino al nivel total de la cultura que Vico indicó en su crítica de la razón y Wilhelm Reich en su crítica del fascismo: los verdaderos cambios culturales sólo ocurren dentro de esa realidad global que incluye las relaciones familiares y sexuales, la manera de comer, vestir y bailar, los castigos y los premios, los monumentos y los arreglos florales, la vida psíquica y la vida política, el amor, las leyes y los deseos tal y como se sostienen, se niegan, se expresan o se manipulan, al cabo, en la comunicación, incluyendo el lenguaje hablado y escrito.

Escribir en un continente donde los iletrados son muchos. ¿Y si escribir ahora fuese la única manera de comunicarse con quienes, algún día, no serán iletrados y tendrán, entonces, derecho de reclamar la ausencia de las voces de hoy como nosotros, hoy, reclamamos la ausencia de las voces de nuestro pasado? Yo no quiero que al-

gún día, en el futuro, un joven lector demande la Rayuela que debió publicarse en 1963, El laberinto de la soledad que debió publicarse en 1950, la Residencia en la tierra que debió publicarse en 1933, pero que no fueron publicados porque, entonces, sólo una élite los hubiese leído y la élite, después de todo, preferiría leer malas traducciones de novelas europeas. ¿Quién ha oído jamás hablar de Cortázar, Paz o Neruda? Quizás los tres no son sino humoristas silentes, oscuros e inéditos, que vivieron el siglo XVIII en una pulpería cerca de Tucumán, en una plazuela empedrada y añil de Mixcoac o en un fundo nublado y lluvioso en las afueras de Temuco. No sabemos: leíamos Clarisa Harlowe .

¿Y si escribir hoy, siempre, en la América Latina no fuese sino otra manera de ofrecer un nivel más, un relieve más, a ese territorio constante de nuestra civilización: la presencia ininterrumpida de una poderosa cultura popular, manual, artesanal: una cultura que siempre ha sabido bailar, cantar, iluminar, edificar? ¿Quién construyó Chichen Itzá y Machu Picchu, Torre Tagle y Tonantzintla y Congonhas do Campo? Tenemos que saber todo esto, pues si ignoramos nuestro pasado tendremos que afirmar que todo lo duradero de nuestras sociedades fue construido por fantasmas y entonces nosotros mismos seremos fantasmas. Debemos estar listos para recibir el pasado si queremos tener un presente y un porvenir: para que ellos no sean fantasmas, a nosotros nos corresponde convertirlos en seres humanos a fin de serlo, también, nosotros.

Nuestro terrible siglo muere; en todas partes las ideologías mueren con él y las culturas reaparecen como las portadoras de la vida posible. Acaso la América llegue a conocerse verdaderamente en este florecimiento del rostro oculto de las civilizaciones que parece prefigurar la fisonomía del siglo venidero.

*Este artículo del renombrado novelista mexicano fue publicado por Perspectiva , UNESCO, París, N 799-800, 1984.